

Historia de un alemán (Memorias 1914-1933)

Sebastian Haffner

FONT: Haffner, S. (1939) Traducció de M. BELÉN SANTANA LÓPEZ (2021). *Historia de un alemán (Memorias 1914-1933)*

... como efecto de la extraña habilidad que tiene mi país para crear psicosis colectivas (una habilidad que tal vez compense el escaso talento que poseen sus habitantes para alcanzar la felicidad individual).

Los conceptos con los que se alimenta y se moviliza a las masas nunca serán lo suficientemente infantiles. Para que las verdaderas ideas se conviertan en fuerzas históricas capaces de influir a las masas en general se han de simplificar primero hasta el punto de que las pueda comprender un niño.

Es sabido que la Revolución de 1918 no fue una operación premeditada ni planeada con antelación. Fue un subproducto del colapso militar. El pueblo -¡de verdad, el pueblo!, no hubo prácticamente ningún líder- se sintió engañado por sus dirigentes militares y políticos y los ahuyentó. Los ahuyentó, ni siquiera los expulsó, pues ya ante el primer indicio de amenaza y espanto todos, empezando por el káiser, desaparecieron sin hacer el más mínimo ruido ni dejar el menor rastro, más o menos como, más adelante, entre 1932 y 1933, lo harían los dirigentes de la República. Los políticos alemanes, empezando por los de derechas hasta llegar a los de izquierdas, tienen muy mal perder.

Todos los que tenían una cuenta de ahorro, una hipoteca o cualquier otro tipo de inversión vieron cómo éstas desaparecían de la noche a la mañana. Pronto dejó de importar si se trataba de una calderilla ahorrada o de un gran capital.

Entre tanto sufrimiento, desesperación y pobreza extrema fue desarrollándose un culto a la juventud apasionado y febril, una avidez y un espíritu carnavalesco generalizado.

Pero había otra cara de la moneda. Los mendigos se acumularon de golpe, al igual que las noticias sobre suicidios o los que se busca por robo.

Vivíamos de patatas, ahumados, latas y sopa de cubitos.

Leí los Buddenbrook y Tonio Kröger, Niels Lyhne y Los cuadernos de Malte Laurids Brigge, así como los poemas de Verlaine, la obra temprana de Rilke, George y Hoffmannsthal, Noviembre, de Flaubert, El retrato de Dorian Gray, de Oscar Wilde y Flautas y puñales, de Heinrich Mann.

Me convertí en alguien parecido a los protagonistas de esos libros, en una figura propia de fin de siglo, cansada de la vida, decadente, que va buscando la belleza.

En agosto el dólar alcanzó el millón de marcos. (...) En septiembre el millón no tuvo ya prácticamente ningún valor y el millardo se convirtió en la unidad de pago. (...) No había nada que pudiera servir de moneda con la que cubrir las necesidades básicas.

Y así fue. Había comenzado la única época de paz que ha vivido mi generación en Alemania: un periodo de seis años comprendidos entre 1924 y 1929, en el que Stresemann dominó la política alemana desde la cartera de Exteriores.

Al margen de dicha clase social culta, el gran riesgo que siempre corre la vida en Alemania es será el vacío y el aburrimiento.

Uno de estos presagios, malinterpretado en extremo e incluso fomentado y elogiado públicamente, fue la obsesión por el deporte que se adueñó de la juventud alemana en aquella época.

Estudié Derecho. A diferencia de los países anglosajones, en Alemania el futuro juez o funcionario de justicia se familiariza con el ejercicio de la autoridad nada más terminar la carrera (con veintidós o veintitrés años): como pasante, es decir, una especie de voluntario, colabora en todos los tribunales y sedes administrativas al igual que un juez o funcionario, sólo que lo hace sin responsabilidad ni poder decisorio propios (también sin sueldo). No obstante, muchas de las sentencias firmadas por jueces han sido redactadas por pasantes; bien es verdad que durante las deliberaciones el pasante no tiene voto, pero sí voz, y no es tan infrecuente que ejerza una influencia real; en dos de las instituciones donde recibí mi formación, el juez, aliviado, hasta me permitió dirigir los juicios...

Los abogados revoloteaban como murciélagos por los amplios corredores y vestíbulos, con sus togas ondeantes de seda negra, las carteras bajo el brazo, el semblante correcto y riguroso.

Por entonces yo no tenía ninguna convicción política definitiva. Hasta me resultaba difícil decidir si era de “derechas” o de “izquierdas”. (...) Dejé que los acontecimientos se me vinieran encima. Y se me echaron encima.